

ECO 92: La resaca de un *show*

Jorge E. Silva

Miembro del Centro de Estudios Cultura e Cidadania (CECCA). Brasil

Toda la vida de las sociedades en las cuales reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de espectáculos. Todo lo que era vivido se retiró como una representación.

Guy Debord, *A Sociedade do Espetáculo*, 1967.

Ya han pasado siete años de uno de los grandes espectáculos políticos de este final de siglo, el Foro Global, que, en 1992, reunió en la ciudad de Río de Janeiro a millares de políticos y ecologistas que compartían, aparentemente, una fe común en la necesidad de defender a la madre Tierra.

El escenario era adecuado, Río de Janeiro se localiza en uno de los paisajes más bellos del mundo. Pero, como ese escenario también está ocupado por millones de pobres y excluidos y por una ciudad violenta, fue necesario movilizar uno de los mayores aparatos militares puestos en acción hasta hoy en el Brasil, para que fuese posible la presencia de tantos y tan ilustres visitantes en esas semanas de junio. Millares de soldados y policías salieron a las calles, las favelas fueron ocupadas y los blindados apuntaron sus cañones, de forma intimidatoria hacia los moradores pobres, en reconocimiento explícito del peligro potencial que los desposeídos representan —o pueden representar— para los ricos y afortunados.

La ciudad quedó limpia para recibir a los visitantes, hasta los mendigos y niños de la calle fue-

ron recogidos para no «afear» el paisaje. El gran show pudo, así, comenzar en la más perfecta paz social.

En dos lugares distintos —y estratégicamente distantes— de la ciudad se reunieron representantes de dos sectores de la sociedad mundial: los que ya eran gobierno y los que (aún) no lo eran. Estos serían conocidos, a partir de entonces, por la esotérica designación de ONG's u organizaciones todavía no gubernamentales.

Los primeros, los gobernantes, con todo el confort al que tienen derecho, se reunieron en la armoniosa tentativa de legitimar como acuerdo las imposiciones que los dueños del mundo ya habían decidido, teniendo por objetivo preservar la sustentabilidad del capitalismo y de la sociedad de consumo en los países ricos.

Del otro lado, junto al mar —contaminado—, pero con todo el romanticismo, se reunieron los representantes juveniles de los que todavía no eran gobierno, pero que aspiraban a llegar a serlo. Es cierto que perdidos en esa exuberante multitud estaban también idealistas y utópicos, que no eran —ni son— candidatos al poder, aunque buscan desesperados la reordenación de las sociedades y del mundo en la dirección de la justicia y de una efectiva sustentabilidad de las sociedades humanas.

Sin embargo, un Foro Global nacido del marketing y de los millones de los amos del mundo, no es propiamente un *encuentro alternativo*, por eso ese Foro de las ONG's fue ante todo un gran espectáculo de legitimación de las decisiones de



los gobernantes, además de una gran y rara feria con casetas de «boys scouts», sectas religiosas, observadores de ovnis, videntes y tecnócratas ecológicos. Todos unidos en la nueva moda verde que entonces despuntaba.

En los descansos, los ambientalistas más exigentes, venidos del Norte frío, se bañaban alegremente en las aguas sucias de Copacabana, demostrando que, hasta con toda la conciencia ecológica, los hombres y las mujeres no son de palo. Al final, es mejor un baño en las aguas calientes y contaminadas, que una zambullida en las aguas fétidas y frías del Atlántico Norte.

Este pragmatismo fue el mismo que llevó a mucho *amigo de la tierra* a instalarse con su teléfono celular junto a los representantes gubernamentales, haciendo *lobby*, o sea, ayudando a cocinar, a fuego lento, porcentajes, estadísticas, leyes y discursos, que moderasen la noticia que todos sabíamos: que la Tierra se estaba transformando en un depósito de basura y miseria.

También haciendo *lobby*, del otro lado del mundo, en París, 264 ilustres ciudadanos divulgaron un manifiesto defendiendo el progreso científico y económico, haciendo la apología de la tecnología y de la ciencia y criticando el peligro del *oscurantismo* ecológico.

En el espectáculo televisivo, transmitido para todo el globo, los problemas ambientales presentados se relacionaban casi siempre con el Sur pobre. El desmantelamiento de la Amazonia y la

superpoblación mundial siempre merecen ser destacados por los grandes medios de desinformación mundial. El desorden industrial del Norte, la polución y contaminación provocada por esos países, el desperdicio e irracionalidad de la sociedad de consumo, que beneficia a un pequeño porcentaje de la población mundial, eso permanece oculto en los discursos mediáticos.

Tampoco la población pobre, miserable, de Río de Janeiro, que vive en los nuevos guetos que son las favelas, merecieron la atención de todo el aparato informativo mundial concentrado en la ciudad en esos días de 1992. Habría sido una oportunidad extraordinaria de mostrar a los ciudadanos-espectadores del primer mundo el resultado social del modo de producción capitalista, en su apogeo, en este final de siglo. Esa población depauperada de las ricas tierras brasileñas que desde hace 500 años viene siendo sometida a pillaje sistemático puede ser la imagen del gran desorden civilizatorio sobre el cual se pretendía influir. Nuestra sociedad democrática, presentada como el fin de la historia, distribuye equitativamente la libertad: a unos la de morir de indigestión, a otros la de morir de hambre. Su filosofía continúa siendo la de la «barriga llena», un pilar de la ética burguesa y, por eso, no causa ningún asombro que la conciencia ecológica del virtuoso ciudadano del primer mundo no resista la más banal de las estadísticas. Según una investigación realizada en plena Eco92, sólo el 38%

de los norteamericanos se preocupaban por la ecología. Faltaría saber cuantos se preocupaban por problemas menores como el hambre y la miseria. La gran preocupación de los privilegiados ciudadanos de los países ricos es su consumo y los impuestos y por eso no es de extrañar que para mantener su *way of life*, sean capaces de cualquier cosa. Con tal de vivir lo mejor posible.

Si la Eco92 hubiese sido un evento serio, y realmente la intención hubiera sido discutir los grandes problemas ecológicos de nuestro planeta la primera declaración pública tendría que ser llamando la atención del mundo sobre el desastre ecológico que los pueblos del Norte representan para la Tierra. Cada habitante de los USA equivale, como mínimo, a 11 habitantes de los países del sur y cada niño de ese país, equivale a 30 niños de Bangladesh. Siendo así, tendrían que ser aprobadas medidas urgentes para controlar la población americana, sus gastos y desperdicios...

En esa declaración, la sociedad de consumo debería ser denunciada como inviable y responsable por la dilapidación, desperdicio y destrucción de recursos naturales y por sus desastrosas consecuencias sociales. Si ese consenso entre los pueblos hubiera sido posible, sólo quedaría un camino: salir de la Eco92 con el objetivo de —cada pueblo— reorganizar la producción, el consumo y las relaciones sociales según nuevos valores y teniendo como meta la justicia, la equidad y sustentabilidad de las sociedades humanas a escala mundial. Sería la Revolución Social con la que soñarían los movimientos sociales del siglo XIX y comienzo del siglo XX.

Como no fue así, ni podría ser de otro modo, el mundo permaneció igual. En estos años que han pasado, los gobiernos no hicieron nada serio en relación a los problemas ambientales y el capitalismo continua igual: ambientalmente desastroso, socialmente perverso.

Entre tanto, los ecologistas que se niegan a considerar el modo de producción capitalista y la sociedad de consumo como los grandes problemas ecológicos de nuestro tiempo, van a continuar enseñando a los críos a separar su basura doméstica, ¡como si con eso estuviesen contribuyendo a resolver los problemas ambientales del planeta!

Los políticos verdes —muchos de los cuales ya fueron rojos— salieron reforzados de la Eco92

en su condición de *muletas* de los viejos partidos nacidos de la sociedad industrial. Sin embargo, tal como, en el pasado, la social-democracia demostró ser una importante fuerza de gestión de las crisis del capitalismo, los verdes están contribuyendo, hoy, a la legitimación de las viejas políticas del Estado. Pudiendo llegar al extremo, como en este comienzo de año, de justificar la guerra en Yugoslavia con el discurso de la defensa de los derechos humanos y de las minorías.

La historia nos enseña todos los días que de la cima para abajo sólo viene una cosa buena, la lluvia. E incluso, eso, algunas veces es un desastre. Todo cambio positivo, todo progreso social, ha sido impuesto partiendo de abajo por los movimientos sociales. Así continuará siendo o, de lo contrario, sólo tendremos retrocesos sociales.

La Conferencia de las Naciones Unidas de Río de Janeiro fue sólo un paso más en la reorganización del nuevo orden mundial. En la definición de una estrategia de gestión de recursos escasos, de control de la población, de contención de algunos desastres ambientales. Como en aquella época afirmó, desde la altura de su escepticismo saludable, Jean Baudrillard: «todo lo que se pretende es encontrar formas de administrar la catástrofe, que en la realidad son formas de explotar mejor. De asegurar mejor la riqueza de los ricos y reproducir la pobreza y la miseria del resto del mundo».

El resto fue el gran espectáculo global. Cuando el Show terminó, el mundo volvió a su rutina. Las máscaras de ese carnaval fuera de época se arrojaron fuera. Los mendigos regresaron a las calles de Río de Janeiro, en las favelas volvieron a escucharse los disparos de una guerra civil disimulada, la destrucción, contaminación y población continuaron, el ejército de los pobres creció aún más y los conflictos bélicos no pararon.

Los ecologistas continúan mirando al cielo, unos porque son místicos, otros porque están preocupados por el agujero en la capa de ozono. El agujero está aquí abajo. Si no se cuidan, si no nos cuidamos, acabaremos siendo engullidos, todos, por el abismo social y ecológico que no ha parado de aumentar en estos siete años que pasaron desde la Eco92.

Traducido del portugués por ACONTECIMIENTO